

Acaso, desde la altura de su superioridad angiosajona, nos miren con desdén a los sobrios mediterráneos, que no hemos sacado, de nuestra sobriedad, sino coscorriones en la cabeza.

Y vendrá a resultar que Mahoma era un porro, cuando creía hacer cosa muy sabia prohibiendo a sus creyentes el zumo de la vid. En efecto, sus creyentes no han conseguido salir a flote en el mar de la civilización, y ahí están, petrificados, anticuados, sin otro mérito sino el de lo pintoresco, aprovechable en zarzuelas y obras de espectáculo como *El asombro de Damasco*, que hace las delicias de la villa y corte en el momento en que esto escribo.

Yo ya sé que no pocos moros y bastantes turcos han desoído a Mahoma en el punto de la bebida; pero, de todas suertes, la inmensa mayoría de los hijos de Alá no lo prueba, y con su abstención, han ido yéndose a pique. Son, eso sí, gente fuerte y valiente, sobria y tenaz; no les falta la prole; y sin embargo, las razas norteañas los mirarán por encima del hombro, más aún que a nosotros nos miran.

De suerte que la virtud de la templanza, una de las cardinales, no significa gran cosa para este pugilato formidable, para este desafío entre pueblos y naciones. El porvenir será del Norte o del Sur, no porque los unos sean aguados y los otros consuman la cerveza por toneles, sino por multitud de factores que pueden tomarse en cuenta y que ya van estimándose en su valor.

Y ha venido a resultar, al cabo de los años dos mil, o bastante más todavía, que le sobraba razón al solitario Moisés, cuando prescribía al pueblo elegido que engendrara sin tregua, y presentaba, como tipo ideal, el del patriarca, rodeado de su numerosa progenie.

La civilización moderna, entre otras dificultades inherentes a su esencia misma, tiene la de haber hecho al hombre exigente, epicúreo, ávido de goces. No son sólo las clases altas y poderosas las que no ven más allá del bienestar y refinamiento material, y a él sacrifican cualquiera otra consideración. Son también los modestos, los laboriosos, los humildes... o que fueron todo esto, y repugnan serlo ya. No hay rincón del mundo donde no haya penetrado esta aspiración funesta, incompatible con la paz, con la naturaleza de las cosas. En una familia numerosa, sea rica o pobre, el goce y la comodidad disminuyen, y cada recién venido es una boquita pequeña, destinada con el tiempo a aumentar, a tragar igual que las restantes. Cada recién venido pide habitación, luz, ropa, instrucción, hasta parte de solaz, parte de superfluo. ¡Y se teme la venida, y se adoptan precauciones para evitarla! La casa es holgada si alberga a cuatro; será estrecha para seis. La mesa es capaz de cuatro sitios; para seis, será angosta, insuficiente. Dos raciones, tres raciones más... ¿De dónde van a salir? Hay que castigar la tripa... Y, en los ricos, igual cálculo, en distintas proporciones. El aumento de la familia desmiembra la fortuna, recorta el lujo, impone privaciones, y lleva a situarse un peldaño más abajo, cuando se aspiraba al peldaño más arriba. Hasta el cariño a los primeros que nacieron impulsa al rigor con los que no han nacido aún. Todo el mundo, al casarse, piensa en limitarse a la «parejita». Y la parejita es la desaparición, a fecha próxima, de la raza. Un hombre y una mujer que no producen sino otro hombre y otra mujer, son como espiga que rinde dos granos tan sólo.

La tierra, en esto, da lecciones al hombre. Generosamente, la buena tierra paga ciento por uno. En cada flor encontráis millares de semillas, y al sembrarlas centenares de plantitas nuevas, lozanías, que sólo piden vivir. Por desgracia, el hombre exige más que la planta nueva. Es mucho lo que va necesitando el hombre para sostener su vida, aunque acate la ley del trabajo.

Constantemente se leen noticias de dramas de la miseria, incidentes que demuestran cómo el hombre ha menester lo que no siempre encuentra, para sostenerse. No es milagro que los pobres no vean con buen gesto la venida de un hijo más, aunque ignoren el verso de Leopardi:

*Ache reggere in vita
chi poi di quella conso'ar convungo?*

Hablo del medio artificial de las ciudades. En el campo, una de las cosas más hermosas es que los hijos, en el hogar aldeano, no sólo no estorban, sino que son elemento de resistencia a la miseria. Mientras son pequeños, sólo necesitan el seno de su madre; y, cuando crecen, se hacen útiles, apañan yerba, lindan la vaca, recogen leña menuda, desgranar el maíz. La desgracia del aldeano es justamente no tener sucesión. Algunos, en este caso, adoptan a un sobrino, sacan del hospicio a una criatura.

Y es mi sorpresa, cuando me hablan del problema de la Francia que va despoblándose. En un país agrícola, no me explico tan fácilmente el fenómeno. El aldeano vive con poco, pero ha menester quien le auxilie en la faena. Su interés está en rodearse de descendencia: el hombre y la mujer son un capital, para el que no tiene otro.

Sólo se explica el caso, pensando en que también, a su manera, los aldeanos franceses ansían un bienestar superior a su condición, y tengan planteado el mismo problema que los burgueses y los pequeños rentistas...

No hay cosa que no presente inconvenientes, y también el bienestar los encierra. Una vida en extremo sencilla, hasta pobre, es acaso lo mejor para el cuerpo y para el alma. Las privaciones son cosa muy relativa. Lo que aquí constituye privación, allí es la vida habitual, deslizándose tranquila, en medio de ocupaciones iguales, y de satisfacciones debidas a insignificantes bienes, que parecen grandes por comparación, relativamente — la mejor medida.

No creo que uno de estos aldeanos, con quienes estoy en contacto incesante varios meses del año, sufra tanto como un señor obligado a cubrir, con escasos emolumentos, la apariencia de una posición social. Estos respiran todo el día un aire purísimo, y comen un pote muy frugal, pero sazonado por el trabajo, que abre el apetito. No se conocen aquí gotas amargas, y muchísimo menos *vermut*. Sí, no es mal *vermut* la azada, manejada todo el día. Cuando llegan las fiestas, a su estilo se divierten más que nosotros. Hacen zambra, bailan que se las pelan, y aun se permiten despilfarros económicos. Una mujer de mi aldea, que vive de tierras arrendadas, dió este año — por haberle tocado llevar el ramo en la fiesta patronal —, un convite de sesenta personas, matando un ternero, con vino corchado y pantrigo, sin hablar del arroz con leche y del jamón sin tasa. Es cierto que en tal banquete cifró su único lujo, y que en veinte o treinta años no volverá a caerle encima compromiso igual. Pero, en esos gaudiamus extraordinarios, ¿creéis que no gozan más estos humildes cultivadores, que puede gozar un hombre gastado y muy civilizado, en un restaurant de primera o en elegante festín de Embajada?

Lejos de parecerme que son desgraciados estos labradores, y reconociendo que el fisco, a ellos como a nosotros, nos tiene muy agobiados, veo en su condición algo de venturoso, que no puede existir en el obrero de la ciudad. No porque hoy los jornales no hayan alcanzado precios muy remuneradores, sino porque los deseos y las aspiraciones van más allá, y el que no está satisfecho, o poco menos, de su suerte, tiene que rabiarse sin tasa. Francia, despoblada, o siquiera paralizada en su incremento de población, ha demostrado sin embargo que sabe resistir y defender el suelo de la patria. Tal vez en este particular, como en otros muchos, la guerra sea la señal de una regeneración.

Ese anhelo de incremento de la población, lo sintió Bonaparte, que con su perspicaz mirada sondeaba el porvenir y comprendía lo que una nación ha menester para subir y hacerse inexpugnable. Cuando le acusaban de derramar sangre sin duelo en las guerras, respondía que contaba con las noches de París.

Zola había tocado ya, con su mano inconsiderada y violenta como la de un cirujado endurecido en el oficio, a esta llaga. Hay que concederle el mérito de haberse adelantado a señalar el peligro que corre un Estado donde muere más gente de la que nace. El cuadro era tosco y recargado como una litografía de Epinal, pero encerraba un fondo de verdad innegable. Entre los deberes de la ciudadanía, está el de ofrecer servidores a la patria. Así lo entendieron griegos y romanos, y cuando los romanos empezaron a echar el precepto en olvido, y a dejar que se despoblases las campiñas, fué cuando los bárbaros, con sus mujeres fecundas y buenas nodrizas, los invadieron y los subyugaron.

La lucha de las plantas por el terreno, da idea de la lucha de las naciones. En el libro de la naturaleza están escritas las leyes fundamentales de la vida.

Cuando queréis que desaparezcan las malas yerbas que han invadido un trozo de tierra no basta arrancarlas, ni aun quemar su simiente. Es indispensable sembrar otras especies útiles, que ahoguen a las intrusas. Según va prosperando, la planta buena destierra a la otra. Exige para sí el espacio, el abono, los jugos, el sol, y las antiguas invasoras se batan en retirada.

Las naciones no remedian nada con matar muchos enemigos. Lo mejor que pueden hacer es sembrar y plantar valerosamente.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Andan preocupados los estadistas y los moralistas con el problema de la natalidad. Para que las naciones adquieran ese grado de fuerza que les permite reclamar un puesto preeminente en el mundo, es necesario que en ellas nazcan hombres; es indispensable que los vacíos producidos por la muerte se llenen por la vida. Cuando sucede lo contrario; cuando es la muerte la que gana la batalla, están derrotadas las naciones.

España sufrió la despoblación, y muchos creen que de ahí se originó su decadencia. Sin embargo, España no había descendido en natalidad, propiamente hablando; los niños nacían; lo que pasaba era que no se los sabía cuidar bien, y morían como moscas. Siempre me ha llamado la atención, cuando leo la historia, el número de Reinas de España que murieron de sobreparto. De sobreparto ya apenas se muere, desde que las reglas de la higiene son algo conocidas. Otra observación análoga pudiera demostrar que crecida cantidad de Infantes fallecieron de chiquitos. Carlos II sobrevivió milagrosamente a varios hermanillos. Si esto sucedía en el palacio de los Reyes, ¿qué pasaría en los chozos de los pastores?

Tal vez no pudiese suceder nada peor, ya que los pastores, por lo menos, absorben aire libre a todas horas, y el aire libre es el gran medicamento. Sin embargo, con y sin aire libre, la niñez abandonada a sí misma, tiene que arrostrar peligros. Lo cierto es que en España, la población descendía. Descendía tanto, que en los días peores no pasó de siete millones de habitantes.

Faltaban subsistencias entonces... y ahora. La falta de subsistencias es más mortífera que las enfermedades, porque resta fuerzas para resistirlas. Hoy, que todo ha subido hasta las nubes — es la frase que se oye repetir —, tenemos probablemente en perspectiva la despoblación otra vez, porque la natalidad baja también en los pueblos mal alimentados y desnutridos. Hay que estar de acuerdo, en este particular, con Pantagruel: ¡todo sale del estómago, del poderoso Gaster!

No pretendo sostener que deba la gente dedicarse a la glotonería. La glotonería es otro mal, y no pequeño. Lo es también la intemperancia. Esas razas del Norte, que tanto oímos alabar por su robustez y su vigor, abusan de las bebidas fermentadas, y por ahí tiene que venir su degeneración, infalible. Su cerebro, a la larga o a la corta, habrá de resentirse de tal abuso. Su prestigio se ha resentido ya. No es posible querer ser humanidad tan superior, cuando se pasa la vida empujando el codo. En esto convendrá el más germanófilo de mis lectores.

Y es lo peor que esos dipsómanos incurables, esos sedientos que no se ven saciados jamás, engendran hijos, muchos hijos... ¿Qué traerán en la masa de la sangre esos hijos, cuando vean la luz? Sin duda cualidades y virtudes de raza, convenido; pero también la sed. ¡La sed inagotable, el ansia de la espita del tonel cercana a la resaca boca! — Y las predisposiciones morbosas que esto determine, por supuesto. — Los niños serán, al fin, semilla de dipsómano. Llevarán dentro la madre, como dicen en un país que produce muy buen vino, entendiendo por la madre lo que queda en el fondo de las cubas, y que sirve de base, de sólera, al vino nuevo...

Me dirán que los ingleses están en el mismo caso que los alemanes; que la embriaguez no es en ellos cosa extraordinaria, ni mucho menos, y que, sin embargo, han sabido colocarse a la cabeza, y aspiran a más, y tal vez lo logren, y ostentan toda clase de adelantos, y todo género de confort y regalias, y sortean con admirable destreza los escollos de la política y de la sociología, y son muy capaces de tragarse al mundo, imperializando... No puedo negar un hecho ni otro. Los ingleses son en efecto todo eso, pero su sed pertenece, no sólo a la historia, sino a la leyenda universal.